

El África negra, un continente en regresión

Alain de Marolles

A principios de los años sesenta, caracterizados por la oleada de independencia en África, el ecologista Rene Dumont afirmaba: “África ha empezado mal”. Esta frase vuelve a la mente naturalmente cuando en 1992, 32 años después, se constata que África es un continente en regresión.

En efecto, el mundo africano se hunde en la anarquía por la multiplicidad de conflictos internos, se empobrece bajo el peso de un verdadero desastre económico y se sumerge en una crisis que va mucho más allá de estos aspectos, hasta alcanzar los ámbitos sociales y culturales que constituyen la herencia histórica del continente.

El fracaso de la transposición de nuestros modelos sociales al universo subsahariano es un hecho tan desastroso en algunos aspectos como el fracaso del sistema comunista en Europa del Este y en la URSS. Lo dramático para el orden social del mañana se deriva precisamente de la simultaneidad del fracaso ideológico, político, económica, social y cultural de tres mundos: el mundo comunista, el mundo árabe-musulmán y el mundo africano negro. El nacimiento y el desarrollo de una zona de depresión que se extiende desde el estrecho de Bering hasta el cabo de Buena Esperanza, se prepara para un conjunto de crisis que amenaza con desintegrar a estas sociedades. Esta situación constituye un riesgo muy serio para los oasis de seguridad y de prosperidad que son el continente norteamericano, Europa occidental, Japón, y su esfera de coprosperidad.

Después de haber intentado analizar objetiva y ponderadamente la evolución del continente africano y tras haber intentado situarla en el contexto actual, tendremos que dilucidar las causas fundamentales que

Alain de Marolles, general en la reserva, es diplomado en Altos Estudios Internacionales, dedicado actualmente a su especialidad en asuntos africanos. Durante el septenio de Giscard d'Estaing fue director del Servicio de Información del Ministerio de Defensa. Ha publicado *El ultimátum*, en editorial Plon, París 1984.

han provocado este estado de cosas para poder concebir cómo sería posible ponerle remedio.

Este fracaso de África, ¿se debe realmente a una colonización mal concebida y mal desarrollada que no podía sino conducir al fracaso actual, como suele decirse? ¿O acaso este mal se deriva, como creemos, del hecho de una independencia prematura?

La respuesta es tanto más decisiva cuanto que de ella depende la futura orientación de la finalidad y las modalidades de una ayuda renovada que conviene iniciar y desarrollar en lo sucesivo a favor de los africanos que hoy están en peligro. Esta medida es un imperativo categórico tanto por razones morales como por razones de interés, puesto que hoy somos todos solidarios en el buque planetario.

Desde hace unos treinta años, África es el lugar geométrico de todos los conflictos que no encuentran solución. Al eternizarse, contribuyen a arrasar y a arruinar un continente acosado además por las calamidades naturales y, en concreto, por la sequía.

En los años sesenta, época de las independencias en África, el mundo vivía el desarrollo del enfrentamiento Este-Oeste, que no dejó de ver en el continente negro un nuevo escenario de operaciones, y en los africanos a los mediadores de los dos campos.

Guinea-Conakry conoce esta triste experiencia desde 1960, pero en los años setenta, concretamente hacia 1975 –fecha de la *Revolución de los claveles* en Lisboa– es cuando la Unión Soviética da realmente un impulso decisivo a su estrategia revolucionaria en África, con la entrada en acción de los contingentes cubanos. Incluso hoy en día, los dirigentes de lo que fue el KGB no ponen muchos reparos en reconocerlo.

A lo largo de los años setenta y ochenta, la depresión del lago Chad, el cuerno oriental de África, el Sahara occidental, la región de los grandes lagos de África central y el África austral fueron los principales escenarios de conflictos sangrientos que implicaban a varios Estados en este contexto global.

Desde la caída del emperador de Etiopía, *el Negus*, en 1974, el cuerno oriental de África es un campo de batalla en el que se desarrollan guerras civiles y anarquías que provocan cada año la muerte de miles de hombres, el hambre, y el desplazamiento de millones de personas. Las de Etiopía, Eritrea, Tigre, Ogaden son otras tantas guerras de desgaste que se eternizan enfrentando a movimientos independentistas y secesionistas en un contexto que ayer pretendía ser de enfrentamiento Este-Oeste, pero que se mantiene aún hoy en día, cuando Washington y Moscú ya han hecho las paces.

En Sudán, desde 1972, las tensiones seculares entre el norte árabe y musulmán y el sur animista y cristiano han desembocado en una guerra civil a la vez religiosa y étnica que arrasa sin piedad una región meridional antiguamente considerada rica, pero que hoy sobrevive sólo gracias a operaciones humanitarias de salvamento.

En Somalia, el fracaso político del presidente Siyad Barré ha marcado el inicio de una espantosa guerra civil que ha hecho reaparecer las divergencias entre clanes y etnias que han desintegrado las estructuras políticas somalíes, las cuales no eran en realidad ni las de un Estado ni las de una nación. Se calcula que los acontecimientos que han tenido lugar recientemente al sur de Mogadiscio han causado cerca de cien mil muertos, los europeos han abandonado el país. Hasta la ayuda humanitaria se vuelve aleatoria, cuando no imposible.

Desde los años sesenta, el Chad es un verdadero campo de batalla entre adversarios que, en cada etapa, cambian de campo. Este conflicto, casi siempre motivado por la revancha, traduce las luchas seculares entre el norte musulmán, blanco y nómada, y el sur animista, africano y sedentario. Además, de vez en cuando afecta a países vecinos como Libia o a las grandes potencias extranjeras en el continente como Francia y Estados Unidos. Hoy, cuando el conflicto Este-Oeste ha llegado a su fin, el enfrentamiento se desarrolla entre sectores cada vez más restringidos que se apoyan en etnias cada vez más reducidas.

Desde 1976, fecha de la proclamación de la República Árabe Saharaui Democrática al reivindicar el territorio dominado por España, antigua potencia colonial, esa región se ha convertido en una zona de conflictos protagonizados por intermediarios entre Marruecos y Argelia. Hoy en día, la ONU intenta con dificultad organizar y mantener un alto el fuego con vistas a restablecer la paz en la región.

En Uganda, el enfrentamiento de diversos movimientos de lucha armada apoyados en etnias diferentes ha continuado hasta la fecha. Este conflicto empezó a degenerar cuando, en 1979, Idi Amin Dada, que durante un tiempo había apostado por los países del Este y por Libia, fue derrocado a raíz de los fracasos que había sufrido en la guerra que había emprendido contra Tanzania. En 1985, esta guerra civil había ocasionado ya quinientos mil muertos, y la lista ha aumentado desde entonces, a pesar de la rendición del ejército ugandés. “El ejército cristiano demócrata del pueblo ugandés” y “el ejército popular unido” siguen oponiéndose al poder central de Kampala y manteniendo una situación de inseguridad. Además, Kampala ha perdido todo crédito suscitando, si no apoyando, una subversión armada en el país vecino, Ruanda. En este país, como en Burundi, las etnias *batutsi* y *bahutu* siguen enfrentándose

esporádicamente, lo que ha provocado una acción militar franco-zaireña de mediación.

Angola y Mozambique, colonias portuguesas, han constituido desde principios de los años sesenta dos escenarios de operaciones para la guerra revolucionaria y para la lucha por intermediarios entre el Este y el Oeste. El principal objetivo estratégico de este conflicto se ha situado siempre a nivel global, con vistas al control definitivo del sur de África por razones a la vez geopolíticas y económicas. En 1975, Lisboa puso fin a la guerra colonial tanto en Angola como en Mozambique, pero los dos conflictos han proseguido. En Angola, la ruptura de los acuerdos de Alvor entre los movimientos de liberación angoleños (FNLA, UNITA y MPLA) ha provocado una reanudación de la lucha y el desarrollo de una guerra civil que ha sustituido a la guerra colonial; ésta se ha desarrollado hasta hace poco entre el norte ocupado por el MPLA –apoyado por los rusos y un cuerpo expedicionario cubano–, y el sur ocupado por el UNITA –apoyado por Suráfrica y Estados Unidos–. Paralela y simultáneamente, Mozambique se ha sumergido en una guerra entre el partido en el poder en Maputo, el Frelimo –apoyado por los países del Este– y la Renamo, que controla las regiones interiores con la ayuda mas o menos aparente de Suráfrica. Los enfrentamientos que han tenido lugar entre estos dos países han contribuido ampliamente a empobrecerlos y a desintegrar sus economías; en realidad, estos dos Estados están por reconstruir.

A partir de 1985, el contexto global cambia. En efecto, el hundimiento del comunismo, el acercamiento y el posterior entendimiento entre Washington y Moscú, su compromiso recíproco a no librar nunca más una batalla de mediación en África, crearán progresivamente las condiciones que favorecerán el fin de numerosos conflictos que se nutrían de esta fuente.

Esta nueva situación permitirá que la guerra de Angola llegue a su fin en 1988, al término de una serie de negociaciones cuatripartitas (Angola, UNITA, Cuba, Suráfrica) en las que intervendrán norteamericanos y rusos: se obtiene un alto el fuego y se decide que, en principio, la independencia de Namibia estará supeditada a la retirada de las tropas cubanas. Estos acontecimientos se van consumando y permiten orientar la situación hacia la paz armada en Angola, con vistas a poner fin a los conflictos por la vía democrática de elecciones generalizadas en el interior de Angola.

Paralelamente, Moscú retira su apoyo al ANC (movimiento independentista surafricano) y promueve su acercamiento al régimen de Pretoria, con lo que queda abierto el camino para pasar del enfrentamiento armado y violento en Suráfrica a la negociación y a la lucha política. El presidente De Klerck que sucede al presidente Botha

pone fin al *apartheid*, pone en libertad al líder del ANC y reconoce la existencia política de este movimiento. Por desgracia, las rivalidades entre los diferentes grupos étnicos africanos negros que componen Suráfrica, y especialmente la hostilidad violenta que anima a los dos grupos principales, los *xosas* y los *zulúes*, provocan nuevos conflictos que corren el riesgo de degenerar en guerras tribales que podrían volver a poner en cuestión un proceso de paz bastante bien encaminado.

El final del enfrentamiento Este-Oeste había infundido legítimas esperanzas de ver al continente africano libre de las guerras que lo empobrecen y lo arruinan. La prosecución de los conflictos armados, trece en total en la actualidad, constituye una dura decepción cargada de amenazas. La continuación de esta situación conflictiva muestra desgraciadamente que África sigue siendo lugar de emplazamiento de luchas armadas internas y de violencias anárquicas interétnicas que podría provocar la decadencia definitiva del continente. Antiguos focos de guerra siguen activos tanto en el cuerno oriental de África como en la depresión situada alrededor del lago Chad. Y brotan nuevos focos tanto en Mali como en Níger. Las autoridades de Bamako y Niamey se encuentran enfrentadas en una lucha abierta con los nómadas del norte, como ocurría antes de la pacificación de estas regiones y de su colonización. Mauritania está amenazada por tensiones y enfrentamientos entre negros y blancos. La situación sigue corriendo el riesgo de volver a degenerar en una guerra entre los Estados de Mauritania y Senegal.

La oleada de democratización provocada por el desgaste de los poderes, hasta en países considerados estables como Costa de Marfil y Gabón, es una nueva fuente de conflictos y de violencias que va acompañada por un fuerte sentimiento de inseguridad. Los acontecimientos que han seguido a los inicios de la Conferencia Nacional del Zaire son más peligrosos, y podrían provocar conflictos graves capaces de acabar desintegrando una potencia africana cuyo poder es decisivo en África central, y cuya superficie es equivalente a la de Europa occidental. La lucha por el poder en Liberia ha desembocado al final en una guerra civil atroz que mantiene al país en la anarquía a pesar de las intervenciones extranjeras. Tanto en Togo como en Camerún, así como en Congo-Brazaville, la democratización se ve bloqueada por relaciones entre fuerzas antagónicas que podrían desembocar en enfrentamientos tribales. Nigeria, el coloso de África occidental cuya población se aproxima a los cien millones de habitantes, se ve sacudida periódicamente por choques sangrientos entre musulmanes y cristianos, entre *hausas*, *ibos* y *yorubas*.

Esta oleada de democratización se produce en un contexto de crisis económica estructural que pone en juego la existencia de muchos Estados

africanos bajo la influencia de parámetros interiores y exteriores difíciles de dominar. Desemboca en luchas políticas abiertas a través de un multipartidismo que al final podría conducir a África al tribalismo y a sus luchas tradicionales. En efecto, no existen en el continente comunidades ideológicas o de intereses tal y como las entendemos en nuestras regiones, sino más bien ideologías e intereses tradicionales y regionales; el desarrollo de tensiones y de conflictos interétnicos tendría inevitablemente como consecuencia la desintegración de sociedades jóvenes.

El cúmulo de conflictos antiguos o nuevos otorga a África un triste récord: de los quince millones de refugiados contabilizados por las organizaciones internacionales, 4,6 millones son africanos.

El aumento y la aceleración de los riesgos de explosión en África se producen en un momento en que el resto del mundo, y más concretamente Europa, que tiene vínculos más especiales con el continente africano, tiene otras preocupaciones, y en el que muchos consideran que la ayuda que hay que prestar al Este es más urgente que la ayuda que hay que prestar al Sur. Los riesgos políticos provocados por la proliferación de los conflictos en África vienen a añadirse desgraciadamente a otras calamidades, sobre todo en el ámbito económico.

Dos Áfricas han ido caminando paralelamente desde la colonización (1880) y la descolonización (1960): una se muere, la otra explota.

El África tradicional, la de la selva, ha perdido su estructura moral, social, económica e incluso cultural, al entrar en contacto con nuestros modelos de sociedad; y ya no se regenera, puesto que se renueva a un ritmo de tan sólo un uno por cien al año, es decir, que se muere. Además depende directamente de los caprichos de la meteorología, de la fragilidad de los suelos y es víctima de nuevas epidemias como la del sida.

El África moderna que mira hacia el exterior y depende de él; se ha urbanizado sin industrializarse, lo que la ha llenado de mendigos, con la llegada de las chabolas. Este África crece a un ritmo de un seis por cien al año. Abidjan se ha visto multiplicado por cuarenta y cinco en treinta y cinco años; Kinshasa –la capital del Zaire– contaba con 600.000 habitantes cuando conquistó su independencia; hoy, cuatro millones de habitantes viven allí, a menudo en pésimas condiciones. Estas ciudades constituyen en la actualidad un potencial explosivo económico y social incalculable. Aproximadamente el 40 por cien de la población negra vive en las ciudades, o sea, cerca de doscientos millones de individuos. Esta masa de hombres y mujeres que han nacido y que viven en las ciudades está en la actualidad desgajada de la herencia histórica y cultural que constituía el África tradicional; por otra parte, se compone en su mayoría,

es decir, en un 70 por cien, de hombres y mujeres que han nacido tras la independencia y que ignoran el África tradicional además, sólo han visto en el poder a africanos y ya no se sienten solidarios con los mitos del pasado. En cambio, estas poblaciones son cada vez más sensibles y receptivas a los grandes modelos de consumo y de comportamiento social que transmiten –como en nuestros países– la publicidad, la radio, la televisión, los turistas y los emigrantes que regresan al país. El efecto de contagio es tal que estos valores de referencia se han transpuesto directamente para integrarse a los de una sociedad de consumo que al mismo tiempo los excluye y que se les niega. El bloqueo es seguro.

No obstante, el conjunto de la población africana sigue dependiendo de un sector cada vez más reducido de agricultores que compone el África tradicional. Constituía el 30 por cien de la población en 1970, y el 24 por cien en la actualidad. La destrucción del África rural y su falta de evolución constituye el primer obstáculo para el desarrollo del continente.

En efecto, la baja productividad agrícola no permite a África escapar a la fatalidad de la miseria y el hambre; la producción agrícola de África ha progresado muy lentamente, del orden de un 0,7 por cien al año. Habida cuenta de la fragilidad de los suelos, de la escasa renovación de la población rural, de la falta de inversiones y de investigaciones técnicas adecuadas, los progresos se han obtenido básicamente a través del cultivo de nuevas tierras. La reserva de tierras cultivables se acaba, los períodos de barbecho se acortan, las tierras se agotan y los rendimientos se vienen abajo. La consecuencia de esta dinámica es que ese África que hasta hace poco era autosuficiente se ve obligada a importar en la actualidad diez millones de toneladas de cereales, o sea, el 25 por cien de sus necesidades, para asegurar la supervivencia de su población. Tal y como van las cosas y teniendo en cuenta su demografía, el continente tendría que ingresar doscientos millones de toneladas de cereales en el año 2020. Hoy ya hay millones de africanos que padecen malnutrición.

Las reglas del juego del sistema económico mundial y su funcionamiento excluyen cada vez más a África de los intercambios internacionales. La participación del continente, que era de un cinco por cien en 1970, ha caído en la actualidad hasta alrededor del uno por cien. El papel de África en este ámbito decisivo de la vida internacional se ha vuelto casi despreciable. La renta *per cápita* ha bajado.

África, antes considerada como un continente estratégico, es hoy un continente que ha sido dejado de lado, marginado. Este retroceso se deriva de varias causas: la evolución de las reglas del juego del sistema económico que elimina a los más débiles, la relegación a un segundo plano de la importancia de las materias primas y la disminución de su

precio, la importancia creciente de la productividad al entrar en juego la tecnología y, por último, la recesión, si no el hundimiento, de la economía africana.

A partir de los años ochenta, la tendencia petrolífera se invierte: cae la cotización del barril, disminuye el consumo de energía, se diversifican las fuentes de abastecimiento y, por consiguiente, caen los precios de las materias primas tropicales, suben los precios de los productos manufacturados fabricados por los países industriales, se acentúa la importancia de la tecnología que África no posee frente a las materias primas minerales que posee en abundancia.

De ello se ha derivado un fuerte deterioro de los términos de intercambio. Se calcula que la caída de la cotización de las materias primas durante los cinco últimos años ha costado al continente cincuenta mil millones de dólares. El poder adquisitivo de los productos de exportación africanos ha disminuido a la mitad. A esto se añade la pesada carga de la deuda, valorada en ciento setenta mil millones de dólares, es decir, el 109 por cien del PIB. El servicio de la deuda está valorado en 25.000 millones de dólares, es decir, *grosso modo*, el equivalente a las ayudas bilaterales y multilaterales. Para el continente africano, el coeficiente de deuda atribuido a las exportaciones de bienes y servicios ha pasado de una media de 96 por cien en 1980 a un 362 por cien en 1990. Este cuadro muestra, desgraciadamente, que África ha entrado en una dinámica de exclusión y de fracaso, trayectoria que no podemos tolerar por más tiempo.

En cualquier caso, el balance de África desde la independencia resulta objetivamente desastroso. La renta por habitante es inferior a la de 1960. Desde entonces, ha ido descendiendo globalmente de año en año. África era antes autosuficiente; en la actualidad se ve obligada a importar el 25 por cien de sus productos alimenticios. Países como Madagascar, que hace tiempo eran exportadores, se han convertido ahora en importadores de alimentos. Una cuarta parte de la población del continente está por debajo del umbral de la pobreza y sobrevive día a día en condiciones precarias. La demografía ha evolucionado de manera incontrolada, si se tiene en cuenta que África contaba con cien millones de habitantes al iniciarse la colonización, hacia 1880. En la época de la independencia, en 1960, vivían allí doscientos millones de personas. En la actualidad, son entre quinientos y seiscientos millones los africanos que tienen que encontrar una manera de subsistir al sur del Sahara. La agricultura africana es incapaz de responder a esta demanda, dado el estado actual de este desarrollo. Los recursos de África siguen siendo dependientes de materias primas, cuyos precios dependen

estructuralmente cada vez más de los compradores industriales del hemisferio norte que se ven obligados a disminuir sus gastos para aumentar su productividad y hacer frente, a las obligaciones de la economía de mercado planetaria. África no fabrica prácticamente ningún producto manufacturado de exportación, y es incapaz de satisfacer, en este ámbito, ni siquiera sus necesidades más elementales. Además, actualmente, la inestabilidad tiende a instalarse en numerosas regiones en las que se constata una situación de anarquía precolonial.

Es cierto que la colonización ha cometido muchos errores. Asimismo, ha provocado muchos abusos y es verdad que la situación era muchas veces criticable, pero hay que señalar que tuvo que interrumpir bruscamente su obra sin haberla terminado. En efecto, para transformar una sociedad primitiva –lo que era objetivamente en el siglo XIX la sociedad africana– en una sociedad moderna, que estaba estructurada y funcionaba según el modelo de la sociedad industrial de la época, hacía falta tiempo. Esta transformación no podía llevarse a cabo más que por etapas y a través de varias generaciones. Se trataba, en efecto, de provocar un cambio en las mentalidades, en los modos de vida, en las costumbres, en las ideas recibidas, en el *savoir-faire* y el *savoir-vivre* y en las estructuras que existían como fundamento de la sociedad.

Pero la descolonización se produjo bajo la presión de una evolución mundial independiente de la de África. Dos guerras mundiales (la de 1914-18 y la de 1939-45) que ahora resultan haber sido dos guerras civiles europeas, que llevadas a dimensiones globales, afectaron a las potencias colonizadoras y provocaron el surgimiento y desarrollo de movimientos de independencia animados por dos potencias externas al continente, Estados Unidos y la URSS. La independencia así obtenida generó un quiebro en una evolución emprendida de manera demasiado prematura.

Los vínculos ideológicos, políticos, económicos y culturales, contraídos entre Europa y África durante el período de colonización, imponen a nuestro continente la obligación de encontrar una nueva vía en su cooperación con África.

Nuestro deber de solidaridad en un mundo en el que se desarrolla una conciencia universal, nuestros intereses superiores en un nuevo orden internacional que pretende querer fundar un mundo planetario, nos obligan a idear, a concebir, a llevar a la práctica una ayuda reestructurada y con nuevos objetivos para restablecer un futuro de compromiso. Estamos aquí ante un gran designio, que se define más específicamente para la Europa que se construye y debe involucrar especialmente al polo suroeste de Europa, es decir, España, Francia, Italia y Portugal.

África debe dejar de ser la paradoja desconcertante que constituye un continente provisto de una gran riqueza de materias primas esenciales, capaz en conjunto de autoabastecer sus necesidades energéticas, cuya extensión equivale a la de Estados Unidos y el subcontinente hindú, y donde quinientos millones de hombres producen menos que los diez millones de habitantes que pueblan Bélgica, como constata Pierre Landel Milles en su informe elaborado para el Banco Mundial.

La nueva estrategia pasa en primer lugar por un cambio de objetivo o, para ser más precisos, de finalidad. Conviene desarrollar ante todo y prioritariamente las capacidades profesionales de los recursos humanos africanos, que podrían constituir un valor añadido a las riquezas naturales que poseen para generar finalmente valores de intercambio, y no conceder una ayuda material o financiera, aparte, claro está, de las ayudas alimentarias o sanitarias de urgencia.

El desarrollo de la capacidad de los recursos humanos debe ser el eje de la nueva estrategia. Esta orientación implica una duplicación de los gastos públicos consagrados a la enseñanza e implica transferir una parte importante de estos medios más allá, es decir, a la organización de sistemas adaptados a la formación profesional y a la formación permanente.

Por supuesto, este esfuerzo implica el envío a África de una asistencia técnica adaptada moral, intelectual y técnicamente a esta misión civilizadora.

No cabe duda de que esta acción sólo podrá llegar a buen término en la medida en que se adopte al nivel de una entidad lo bastante importante, es decir, Europa como tal. En efecto, ésta cuenta con bazas que están a la altura del juego y no arrastra ninguna connotación neocolonial, sino que, por el contrario, implica una ideología cargada de futuro. Europa no puede concebir, y menos aún poner en práctica, un programa semejante sin disponer de un verdadero instrumento de ayuda a la hora de tomar decisiones fiables.

Asimismo, es imprescindible que se dote de toda la capacidad necesaria para recoger y analizar información y para manejar la gestión de una empresa semejante a todos los niveles.

Debe emprenderse también una acción específica para hacer que la agricultura africana evolucione sobre nuevas bases; este programa debe apoyarse, por una parte, en un esfuerzo de investigación y, por otra, en una asistencia técnica adecuada. África debe tener por finalidad conseguir ser autosuficiente desde el punto de vista alimentario y, por otra parte, este objetivo no puede ser alcanzado más que a costa de la

organización de una comunidad económica africana que permita organizar todas las sinergias necesarias.

Habrà que relanzar –por no decir simplemente lanzar– la industrialización básica del continente; África deberá ser modesta en sus ambiciones y deberá procurar fabricar productos manufacturados que puedan satisfacer las necesidades de la vida cotidiana de las poblaciones africanas. Tanto la capacidad de recursos humanos como la capacidad de inversión deben tener como objetivo abastecer a los mercados locales.

Parece que se impone un cambio de método en la cooperación entre África y las naciones industriales. Parece deseable concebir hoy en día una política de acciones de riesgos compartidos, que genere beneficios tanto para los socios del Norte como para los del Sur. Conviene sin duda también no aceptar como socios a los Estados, sino directamente a los organismos interafricanos y a los agentes económicos.

A nivel político, las potencias industriales deben evitar intentar imponer su propio modelo, y deben dejar en cambio que los africanos encuentren por sí mismos, en función de su herencia histórica y cultural, los sistemas políticos y los modelos sociales que se adapten a su mentalidad, pero cuya existencia y funcionamiento sea compatible con el sistema que prevalece a nivel mundial, es decir, la democracia y la economía de mercado.

Esta vía permitiría a la nueva Europa reanudar la misión civilizadora que emprendiera el Viejo Continente en el siglo XIX y que se vio interrumpida por la Segunda Guerra mundial. Por supuesto, esta opción política y estratégica debería tener como único objetivo hacer que África sea responsable de su destino, al tiempo que conserva su identidad en un mundo planetario basado en las complementariedades.